

incidencias del primer ciclo de luchas y de alternativas que Chile padeció luego de emanciparse. La primera manifestación de que el pueblo vivía fueron sus periódicos, *pequeñitos es cierto, tal como convenía a un país que recién había nacido, pero díscolos y a veces, voluntariosos, igual que los niños. Estaban hechos con las sobras de las ideas europeas, pero daban la impresión de que eran grandes por el contenido. Allí comenzaron a verse los males de que padecemos: negación, crítica, descontento. Ya desde los albores, una mano fuerte oprimía y centenares de manos se agitaban tratando de cortar la que quería cerrarse para dominarlas a todas. Esta lucha, contemplada a través de su prensa, anticipa ya todas las que sobrevendrán más tarde. No varían sino los hombres, las decoraciones. Una colonia que se sobrepasa en su medida, puesto que quiere extenderse en espíritu sobre los tiempos nuevos, y unos tiempos nuevos que no quieren de ningún modo, tolerar el tutelaje de aquel espíritu, por otra parte, tan profundamente enraizado en la mentalidad. Tal es, o tal ha sido con ligeras variantes, en América, el sentido interno de las luchas, que comienzan su camino de dramas, desde la independencia. La Semana retrospectiva de la prensa chilena fué un excelente motivo para renovar la impresión de este duelo, que se reviste al avanzar hacia el futuro, de distintas formas. Queda en pie la condición crítica negativa del carácter criollo, de violento individualismo.*

El concurso un éxito y un buen manjar para los curiosos y eruditos.

Peripecia del escritor

Las sociedades hispano americanas, en general, reniegan de los escritores, pero los aprovechan para darse tono; hay un duelo singular y silencioso en estos países entre los hombres de pluma y los políticos. Triste odisea la del hombre de letras que no se entrega a la política, como en Chile por ejemplo, en tiempos anteriores a la revolución del 91, cuando el escritor era tribuno, orador, caudillo y hasta revolucionario. Todo lo era. Pero a veces era escasa-

mente escritor... Hay que oír las lamentaciones de Lastarria contra la sociedad de su tiempo y contra la indiferencia del ambiente para con los hombres de pluma. La sociedad siguió su curso, rodó como un río sin importarle gran cosa de los que en las orillas clamaban encima de esa corriente fría, que helaba y aplastaba. ¿Qué es un escritor? No un hombre como todos. Al menos en estos países. Por el contrario, es el que en sí mismo, agranda todos los defectos del burgués. Si un burgués es enamorado, el escritor debe o tiene que ser un lujurioso. Si el burgués bebe una copa de vino en el almuerzo o en la comida, el escritor beberá o deberá beber cinco botellas. Es la creencia. La leyenda. Así como en todos estos países la leyenda hace de los hombres públicos fieras o bandoleros, hace de los escritores tipos de perversión o de agotamiento. La bohemia antigua imaginó al escritor como a un hombre de genio insoportable con las melenas hirsutas, las ropas remendadas, descuidado, indolente, sin capacidad alguna para el trabajo. Suspiraba o contemplaba la luna. La luna estaba entonces de moda, y siendo como era una figura literaria o decorativa, los enamorados de la burguesía criolla, también se daban a la tarea de poner los ojos en blanco para mirarla en las playas, en los jardines o en las alamedas. Los burgueses pedían versos a los poetas que despreciaban, para firmarlos ellos. Y se los enviaban a las novias. A veces ni siquiera tenían la cortesía de pedirlos. Los tomaban de las revistas, los copiaban y les ponían su firma. Y la novia suspiraba, satisfecha.

Se daban tono. Como los políticos se han dado tono más tarde copiando en los escritores lo que convenía para sus discursos. La peripecia del escritor americano es triste. No se le estima porque está colocado en un punto de observación independiente, aun cuando las contingencias de la vida lo lleven a situarse en un terreno peligroso. Las revoluciones últimas, en Chile, han envuelto en sus oleadas a muchos escritores y han ensombrecido su destino. Es lamentable. Muchos han tomado posición, sin saber que posición tomaban, arrastrados por el torbellino que no ha dejado nada en su sitio.

Volverán los tiempos de serenidad. Volverán los días diáfanos para los que en uno u otro lado, se han creído a sí mismos héroes o instrumentos de otros hombres más hábiles y entonces se entenderá este fenómeno de la dispersión como una ráfaga quemante que agostó y destruyó el sentido mismo de la cultura y del arte en su más bella finalidad. Esperemos.